

ALFONSO REYES

No todo lo que ha escrito Alfonso Reyes es de calidad pareja. Confiado en los hechizos de su estilo nos hace gustar hasta de las cenizas de su actividad de escritor. No sé que presentimiento de muerte apresura esa pasión de Reyes por ordenar los papeles, todos los papeles, en busca del equilibrio último. Cada visión se le ha hecho frase, y la frase reclama en seguida un lugar en la arquitectura del libro. Luego le vienen al autor los apuros para salvar la unidad. Sacrificar un material duele, porque ese material es de carne, de carne del espíritu.

Ya llegará la hora del juicio final y ha de decirse entonces qué es lo que de Reyes se ha frustrado a las puertas de la gloria. Entretanto, creo que *Las vísperas de España* (1937) es ya una antología. De sus mejores aciertos Reyes ha elegido aquellos que podían presentar unidad de tema: España desde 1914 a 1924.

Y —cosa curiosa— Estas páginas heterogéneas, dispersas, se organizan como si hubieran florecido en un mismo impulso de creación poética. En el fulgurante desfile de anécdotas, memorias de viajes, poemas en prosa, ensayos diminutos, crónica y filosofía que es *Las vísperas de España*, se nos revela plenamente Alfonso Reyes, que no es autor que pueda estudiarse por una de sus ramas sino en su totalidad. En Alfonso Reyes se integran, en haz de graciosa y leve luz, las virtudes de la inteligencia, el sentimiento y la estimación que suelen darse por separado. Es erudito en el ensayo filológico y chispeante en la ocurrencia divertida; escribe poemas y penetrantes glosas críticas; su prosa es atisbona y su verso va y viene del laboratorio donde maceraba los suyos Góngora a la llanura clara por donde transita el pueblo. “Yo prefiero promiscuar en literatura”, secreteó en *Otra Voz*.

La pluralidad de vocaciones de Reyes —hombre del Renacimiento— no se mide tan sólo por el vasto repertorio de sus motivos, sino también por la riqueza estilística de cada giro. La in-

quietud de Reyes comunica a su estilo una marcha zigzagueante, saltarina, traviesa y sensual. Reyes circula rápidamente entre las cosas sin maltratarlas ni quedarse enredado. Las goza un segundo y luego las deja. Ha introducido en nuestro idioma los modos del movimiento. Es una revolución estilística que se asocia a la que realizaron cada cual en su diapasón los hombres del *modernismo*.

Para realizarla le bastó con dejar que el espíritu soplara sobre el idioma y se hiciera la forma que conviene a cada uno de sus instantes. Y como su espíritu es puro movimiento el estilo ha salido también huidizo, tenso, veloz, con alusiones y caricias en fuga, amigo de hacer cosquillas y disparar alegremente. Su prosa es dinámica, va a la carrera por esos caminos de Dios, con la imaginación desmelenada al viento y enlazando con paréntesis lo que le llama la atención. A veces parece detenerse. Pero pega fustazo —“¡Largo de explicar!”, pág. 42—; y arranca al galope otra vez: —¡Adiós, adiós! Tú y yo nos entendemos ¿verdad lector?... Y ya no vuelve sobre sus pasos. Reyes no transita dos veces por el mismo camino. Por eso su prosa está limpia de “tics”, de imitaciones a sí mismo: es renovación, fluidez siempre cambiante y hecha piel sobre las volutas de la inspiración.

Tan pronto su estilo se desliza como un pincel descriptivo dejando tras de sí un paisaje de dos dimensiones (“las niñas desaparecieron revoloteando, llevándose a las alturas del aire el cesto colmado de cerezas, como vuelan los ángeles con la corona en las apotheosis de los Reyes”) o bien penetra en tirabuzón hasta la raíz de un mundo cerrado y lo descorcha provocando el milagro de la champaña metafísica (*La prueba platónica, Noche de Valladolid, etc.*) Porque si bien el estilo de Reyes es, esencialmente, movilidad, este movimiento no es siempre horizontal, no consiste en un mero desplazarse entre los objetos. Alfonso Reyes (cuya cortesía personal es hermana gemela de una aptitud finísima para instalarse en el corazón de los libros, de los problemas y de los hechos) se traslada también del sujeto al objeto y viceversa, suprimiendo las distancias y estableciendo un diálogo vertiginoso entre el protón y el electrón

de cada cosa. Va disgregando el universo y aun a la última partícula le imprime un movimiento de torbellino. Visto el mundo a semejante velocidad desaparecen todos los contornos y las partes se reintegran a una estructura total, universal: "Y la danza, entonces, como en un organismo único, tiembla a un tiempo mismo en toda aquella red humana tendida por la pradera. El gaitero, que tiene una inquietud divina, se balancea, entornando los ojos de pestañas rubias".

Leed por ejemplo, el ligero poema sobre el Ventanillo de Toledo. ¿No os da vértigo? El mismo autor está tembloroso por el mareo panteísta: "Y todo aquel universo de formas, colores, sonos, ráfagas, apunta, como a una boca de concentración, al Ventanillo: centro del mundo, aéreo camarote de tres pasos por cuatro, que se encarama, travieso, sobre la onda cristalizada y poliédrica de tejados".

Y lo bueno en Alfonso Reyes es su nitidez (lograda con un esfuerzo de estilo que se disimula en virtuosa transparencia). No es un espíritu geométrico. Al contrario. Es un sensitivo resonador de todas las voces del universo, hasta de las irracionales y sobrenaturales. Pero Reyes satura de luz esa bullente realidad y entonces todo entra ordenadamente en el período: el dibujo claro de lo inteligible, la certera alusión a las nieblas de lo sobrenatural, los jugos rezumantes de la emoción y la voluntad . . . Ved con cuánta lumbré alumbra Reyes esta veloz escena de realidades y sobre-realidades empujadas por la locura: "La riqueza del carnaval plebeyo consiste en que es una creación. Aquí no se ha comprado el disfraz, ya hecho, en los almacenes, ni el que se disfraza quiere repetir siluetas de la historia. Aquí la mascarada ha brotado, como del ombligo de la tierra, del montón de los despojos, del bagazo de la ciudad, de la basura y del estiércol. Así es: del saco del trapero surge la creación del Carnaval. Y he aquí como esta sutilísima industria de recoger lo que otros tiran —fábula del sabio más sabio, o del más pobre, que todo es uno—, halla por fin su justificación plena y estética el día en que el chico del arrabal, con un chispazo

del fuego hereditario, se encaja hasta las orejas el hongo desgarrado, mete las piernas por las mangas de su blusa, se envuelve en un trapo habido de limosna, y llega botando y girando hasta la Pradera del Carnaval".

A Reyes la prosa se le está disparando hacia la poesía. Y sus versos, en cambio, se le disparan hacia un prosaísmo hecho de ingeniosidades más que de visiones. Hay en su prosa, aun en los momentos didácticos, ramos de poesía; y en sus poemarios, largas crónicas versificadas. Claro que Reyes —siempre alerta para no dejarse coger desprevenido por el lector de la entrelínea justificó su prosaísmo con una Poética al revés: "Alguna vez, dar la espalda a las dichosas libertades —no son más que abandono— y estudiar, humildemente, la geometría en Dante"; "el romance deja entrar en la voz cierto tono coloquial, cierto prosaísmo que se nos ha pegado en esta época, al volver a las evidencias" (*Romances del Río de Enero*, 1933). "A veces me asusto de que pueda llegar la hora de la cristalización. Entonces, para sentirme vivo, hago versos a contrapelo, fuera de mi estilo habitual y un poco al sabor de la conversación, a modo de estrujón contra la estética". *Otra voz*, 1936).

Todos sabemos que la única diferencia entre el verso y la prosa es la voluntad del escritor de que sus palabras se agrupen o no en unidades que van repitiéndose en una serie rítmica cualquiera. Reyes tuvo la voluntad de que esto fuera verso:

(Nuestro Francisco Hernández
—el Plinio Mexicano de los Mil Quinientos—
logró hasta mil doscientas plantas mágicas
de la farmacopea de los indios.
Sin ser un gran botánico,
don Felipe Segundo
supo gastar setenta mil ducados
¡para que luego aquel herbario único
se perdiera en la incuria y en el polvo!
Porque el Padre Moxó nos asegura
que no fué culpa del incendio
que en el siglo décimo séptimo
aconteció en el Escorial).

Yerbas del Tarahumara, 1934.

En cambio, tuvo la voluntad de que fuera prosa esta evocación de una india mexicana de 1519:

“Entre las vasijas morenas se pierden los senos de la vendedora. Sus brazos corren por entre el barro como en su elemento nativo: forman asas los jarrones y culebrean por los cuellos rojizos”. “Las anchas ollas parecen haberse sentado, como la india, con las rodillas pegadas y los pies paralelos”.

Visión de Anáhuac, 1923.

Voluntad de verso, voluntad de prosa . . . La poesía no tiene nada que ver con esos arreglos de la tipografía: basta que nos evoque una valiosa experiencia imaginativa para que cualquier serie de signos sea poesía. Y en Alfonso Reyes esta cualidad evocadora se da, más que en los versos de *Huellas* o en los cuentos de *El plano oblicuo*, en el ensayo lírico.

Al decir ensayos líricos no excluyo los de tema lógico o didáctico, pues aun aquí —recuérdese *El suicida*, *Simpatías y diferencias*, *La experiencia literaria*, *Los siete sobre Deva*— la dirección con que ataca su objeto es personal, no pública. En *Reloj de sol* (1926) Reyes había confesado: “No me deja desperdiciar un solo dato, un solo documento, el historiador que llevo en el bolsillo”. Pero no es tanto un afán de recuperar el pasado público como de reconstruir el diario íntimo que se le ha ido deshojando en el camino. Como Eco, la ninfa despedazada, ese Diario que Reyes enterró aquí y allá a lo largo de su obra se sobrevive en un rumor constante. Por impersonal que parezca el tema que Reyes se ha impuesto siempre se le percibe la vibración de una confidencia a punto de revelarse. Ciertamente que toda producción literaria es diario de un espíritu, pero la de Reyes más que otras porque su *yo* es demasiado impresionable para disimularse. Está siempre activo y, a veces, absorto en el espectáculo de la propia actividad. Aunque la menuda investigación lo lleve a través de los siglos, el poeta sigue viviendo su bohemia, los flecos del pasado histórico vienen a entretenerse con su vida íntima, las papeletas eruditas se le magnetizan con las emociones del presente y, al pasar los años, al re-

leer sus propios libros de ciencia, Reyes siente la nostalgia de un virtual diario íntimo. “Por desgracia —dice en *Pasado inmediato y otros ensayos*, 1941— en aquellos años no llevaba yo un diario, que bien hubiera valido la pena por todo lo que me tocó ver y oír. De aquí que, en el afán de no olvidarlo, siempre ando queriendo reconstruirlo”. Y, en efecto, en *Reverso de un libro* nos describe el trasfondo biográfico de los *capítulos de literatura española* que reunió en 1939: amigos y maestros, los años de aprendizaje en Madrid, la anécdota y la travesura, los inviernos, el Guadarrama . . . Cuando Reyes presenta el proceso de nuestra cultura —*De poesía hispano-americana*— o a México desde 1910— *Pasado inmediato*— también hay un interés biográfico que le afina la perspectiva. Es hombre de tradiciones, de herencias bien cuidadas. Y al pintar el cuadro de la literatura de América deja un lugar que ocupará su propia figura.

Del pasado, Reyes recoge los momentos en que el hombre es ejemplar. Historia de personas que se expresan. Y al levantarlas de la masa humana las individualiza con una luz tan graciosa que esa ejemplaridad suscita también emociones estéticas. Sus ensayos *Justo Sierra y la historia patria*, *Genaro Estrada* y *Recordación de Urbina* parten del reconocimiento de valores morales y poco a poco se convierten en poemas. Esos claros varones de la civilización se nos aparecen como creaciones de la fantasía.

Son tan hermosos como en un cuento. Rasgo muy americano, lograr la poesía de lo normal, no de lo perverso.

Reyes con ser uno de nuestros escritores más exquisitos, más originales, más sorprendentes, fundó su obra en la salud humana. Otros quisieran olvidarse de la postura del hombre para ver si al sesgo el mundo les dice algo; se mutilan o hacen valer sus mutilaciones; se entregan al frenesí sofístico o al sopor; corren la honra, niegan la luz, traicionan al corazón . . . No Reyes. Alfonso Reyes es un escritor clásico por la integridad humana de su vocación, por su serena fe en la inteligencia, en la caridad, en los valores eternos del alma. La peculiaridad del universo poético de Reyes

no es extravagancia sino afinamiento de las direcciones normales del hombre. Cada frase le nació desprendiéndose del fondo común, recortándose contra la sabiduría popular, buscando el propio perfil; pero esa destreza literaria en el camino de la expresión personal no la cultiva Reyes por afán de soledad, sino por cumplir con la figura a que está destinado en el bajorrelieve.

1942

Enrique ANDERSON IMBERT.

Ensayos, Tucumán, 1946.

págs. 77-86.

CRÓNICA LITERARIA

La Experiencia Literaria, por Alfonso Reyes.—Editorial Losada, Buenos Aires, 1942)

Desde hace más de treinta años, Alfonso Reyes se ha consagrado a una forma de crítica literaria, que pocos americanos superan, por la calidad de su prosa, el fervor de sus penetrantes análisis y el dominio certero de los temas de contorno humanístico. En la colección de Estudios Literarios, que dirige el escritor y filólogo don Amado Alonso, la Editorial Losada ha publicado, con el título de *La Experiencia Literaria*, una serie de ensayos recientes del escritor mexicano, que fueron compuestos separadamente, en diversas épocas, que tratan materias afines y aun cruzan en distintas direcciones los mismos terrenos.

Los problemas tratados son todos de índole literaria, y se hallan encarnados desde un punto de vista originalísimo. El lenguaje, el folklore, la poesía, la crítica, la biografía, la traducción, la crítica de los textos, la perennidad de los valores poéticos, son motivo de reflexiones agudas y de hondos comentarios estéticos por el destacado ensayista. Hay aquí asuntos que pueden interesar hasta a los que son ajenos a toda inquietud intelectual como ocurre con el peregrino capítulo sobre "Las Jitanjáforas", de sugestiva y viviente erudición.

En este volumen, Reyes planea muchos de los magníficos ensayos que en el último tiempo lo singularizaron por su adhesión al arte puro. Merece destacarse uno de los aspectos más curiosos del pensamiento de Reyes, en lo que toca al impresionismo de la crítica. Sabemos ya lo difícil que resulta en esta época defender una concepción semejante. Para Reyes, como lo ratifica en el ensayo titulado *Aristarco o Anatomía de la Crítica*, el fin de la creación literaria no es provocar la exégesis, sino iluminar el corazón de los hombres, de todos los hombres en lo que tienen de mera-

mente humanos, y no en lo que tienen de especialistas en ésta o la otra disciplina. Y la crítica impresionista, añade, no es más que el reflejo de esta iluminación cordial; no es más que la respuesta humana, auténtica y legítima, ante el poema. Más adelante, expresa Reyes, que si el crítico no lleva adentro un impresionista, carece del contacto para establecer esa misteriosa comunicación con la poesía, y se queda, por decirlo así, fuera del recinto. El impresionismo es el común denominador de toda crítica, concluye el renombrado ensayista.

El tema de la poesía y su posición actual es plantado dos veces por Reyes y en ambas ocasiones coincide en lo que ella tiene de disciplina artística. Para Reyes es legítimo emanciparse de cuanto procedimiento se ha convertido ya en rutina y, en vez de provocar, por parte del artista, una reacción fecunda, sólo es peso muerto y carga inútil, sin más justificación para seguir existiendo que el haber existido antes. Pero que esto en nada afecta a la idea de la libertad, porque el verdadero artista es el que se esclaviza a las más fuertes disciplinas, para dominarlas e ir sacando de la necesidad virtud.

En seguida, analiza los peligros de someter la poesía a influencias extrañas, que puedan esclavizarla o a una subordinación absoluta a lo político, como quieren ciertos teóricos inconsistentes que confunden lo político y lo social. Dice Reyes: "El ser poeta exige coraje para entrar por laberintos y matar monstruos. Y mucho más coraje para salir cantando por mitad de la calle, sin dar explicaciones, en épocas como la nuestra en que la invasora preocupación política —muy justa en sí misma— hace que la palabra "libertad" sólo se entienda en un sentido muy limitado y muy poco libre. Soy un esclavo de mis propias cadenas —dice el poeta—, mientras canta haciéndolas sonar. Ahora que, en cuanto es animal político, muy bien puede ser que, al mismo tiempo, traiga su puñal de Harmodio envuelto en flores: lo cortés, no quita lo valiente". (Página 95).

Más adelante, Reyes, que es un humanista y un disciplinado

cultor de las letras clásicas, vuelve a exaltar las necesarias disciplinas del arte y el rigor que el poeta debe poner en sus ritmos, frente a la anarquía o al desorden mentales de ciertas escuelas. He aquí lo que dice el crítico, que a la vez también se ha revelado un fino lírico: "Que en la poesía haya una comunicación de misterio, es indiscutible. Que los grandes poetas sacrifiquen a este misterio, la perfección artística no es verdad. No lo es en el caso de Baudelaire. Los grandes poetas lo son porque logran captar el misterio en el arte. Si lo dejan escapar, o si no llegan al equilibrio de la forma, se quedarán en las buenas intenciones con que está empedrado el infierno". (Páginas 238-39).

Parecida maestría revela Reyes, para desenvolver sus teorías sobre el teatro, la novela, las categorías de lecturas, las antologías y la crítica de los textos. Combina hábilmente la experiencia literaria, su vasta sabiduría idiomática, con certeros atisbos acerca de las grandes corrientes del pensamiento de nuestra época. El pragmatismo de ciertos ensayos es muy claro, pero se halla revestido de la sal que lo preserva contra lo dogmático. La crítica de Reyes entra en la categoría de lo superior, de lo que se halla sazonado suavemente por el clasicismo, sin perder la modernidad en las formas y en contenido medular.

Ricardo A. LATCHAM.

La Nación, 14 de marzo de 1943,
Santiago, Chile.